

mundo cambiado; parecía rejuvenecida; tomó el diario, dió las gracias y preguntó al caballero si en aquel papel estaba escrito cuanto había dicho. La contestó que sí. Ella se metió el periódico en el pecho con mucho cuidado. El tranvía pasó en aquel momento por delante de la iglesia de San Dámaso: hizo la señal de la cruz.

— Así, pues,— la dije,—¿volveréis á ver á *Giacolin*?

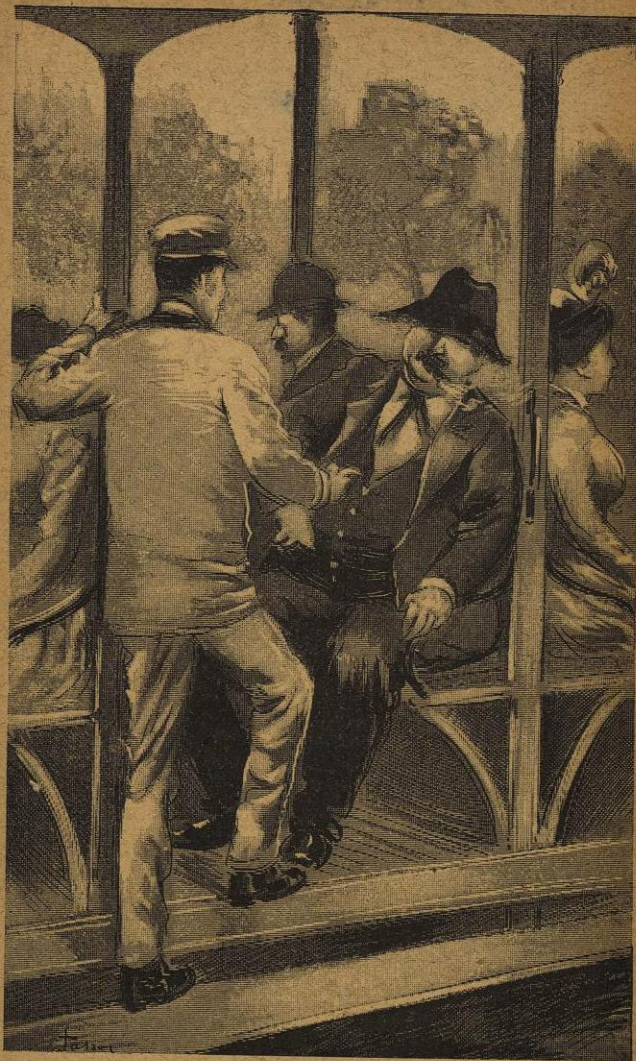
Sonrió y no pareció extrañarse de que yo supiera aquel nombre que para ella representaba el mundo entero: pero como si en aquel momento estallaran en su mente todos los dolores y angustias sufridos durante un año, se obscureció su frente, y levantando la cabeza con la vista fija en el cielo, exclamó con acento de tristeza inexplicable, temblorosa y firme á la vez:

—¡Ah, nunca creí padecer tanto!

Luego levantó de nuevo la cabeza, y cuando bajó con el saco apretado contra su pecho, al pasar por delante del caballero del diario, sonrióle con los ojos humedecidos, y le puso una mano sobre el hombro con un acto cariñoso y maternal.

*
**

Aquellos días el frío empezaba á dejarse sentir, y los últimos veraneantes habían vuelto ya, y Turín



Pasó con el entrecejo arrugado, los ojos fijos hacia delante sin ver á la señora

BIBLIOTECA PARTICULAR

DE LA

Srita. Felicitas Lozaya

PROFESORA DE CANTO.

— 135 —

había recobrado de nuevo su aspecto invernal; el tranvía tenía únicamente carruajes cerrados, y la circulación de la vida ciudadana estaba en todas las líneas en pleno vigor. Un accidente frecuentísimo me hizo conocer de esta vida fugaz un detalle extraño que todavía no conocía yo. Era en el tranvía de las afueras hacia la caída de la tarde. Delante del café Liguria, un carromato tirado por tres caballos, cargado con enormes troncos de leña, había quedado enclavado entre los carriles del tranvía impidiendo el paso de los carruajes. El carretero, dando latigazos á los animales, soltando ternos, moviendo los brazos, y haciendo todos los esfuerzos imaginarios para hacer andar á los caballos, no conseguía arrancar el carro del bache. En pocos minutos hubo diez ó doce carruajes detenidos esperando que el obstáculo desapareciera, y era curioso ver todas aquellas máquinas pintadas de diversos colores, como casas ambulantes de saltimbanquis de feria, inmóviles una tras otra entre la niebla, atestadas de gente, sentada y de pie, que sacaban la cabeza fuera de las ventanillas para mirar el obstáculo, no lejano, moviendo los brazos en el aire con ademanes oratorios. Era una aglomeración de pulmones humanos llenos de impaciencia, por aquel incidente que retardaba sus citas de negocios y encuentros amorosos, sus visitas, sus ocupaciones de diversas clases, que provocaban en otras cien personas lejanas, otras tantas inquietudes, otras desdichas, otras molestias. Un *laudator temporis acti* hubiese sonreído, diciendo que en un caso parecido los viejos ómnibus hubieran podido seguir su camino, en tanto que los tranvías, que los

habían vencido y matado, quedaban prisioneros é impotentes. Sí, era aquello una humillación dura, para un travíofo. Podían hacer progresos las máquinas locomotoras, pero el hombre que allí estaba presenciaba lleno de curiosidad aquel accidente con el afán de distracción, como un escolar. Para admirar el espectáculo, había una verdadera multitud en la calle, bajo los pórticos, delante de las puertas, en las ventanas de las casas; y cuando no podía removerse el obstáculo y se cambiaron los caballos de todos los tranvías para hacer el trasbordo, un verdadero enjambre de pasajeros corrieron de aquí para allá en gran confusión; hombres y mujeres de todas edades y clases, asaltaban la plataforma gritando, riendo, y con la efusión y alegría propia de colegiales excitados por una aventura extraordinaria, que rompe la uniformidad de su vida cotidiana. Después que cada tranvía emprendió su marcha, se notaba un gesticular anormal de las gentes que comentaban el gran hecho. Iba al lado mío mi amigo Schopenhauer, aquél de los siete pecados mortales.

—¡Qué niño es el hombre!— le dije señalándole el espectáculo.

Y él indicándome los tres caballos del carro, que el carretero continuaba fustigando sin piedad, me contestó con su sonrisa de costumbre:

—Niño y tonto.

Luego añadió con acento de burla:

—Tú no ves nunca del hombre sino la mitad.

*
* *

En el día 18 encuentro una página referente al amigo Schopenhauer, en la cual se opondrá á su filosofía un argumento que demuestra que el alma humana debe hacer consideraciones en todos los momentos de la vida. En realidad, formulamos cada quince días un nuevo juicio acerca de los hombres, y algunos hacen estos juicios cada veinte y cuatro horas. El argumento le encuentro durante la tarde del 18, en el tranvía del paseo de Vinzaglio. Estaban ocupados todos los sitios en el interior, menudos: señoras, señoritas, dos muchachas del pueblo, un anciano que conocía de vista, y un par de hombres más. En el ángulo del paseo Víctor, subió una mujer... hubiese hecho mejor en no subir. No sé si el reglamento señalaba aquella infeliz criatura entre las que no se debe dejar entrar en el carruaje. Si acaso es así, no la vió al subir el cobrador. Era una mujer de unos treinta años, mal vestida, sin sombrero, que tenía en el rostro un antifaz negro. ¡En el rostro! La desgraciada no lo tenía: todo estaba devorado desde la nariz á la boca por un cáncer que parecía haberla roído hasta el hueso, y sobre la llaga horrenda, que el antifaz no tapaba del todo, á quien la miraba de lado, veíanse dos ojos grises, en los cuales se expresaba todo el dolor que puede soportar un alma humana. Yo estaba fuera; cuando ella entró y se sentó, advertí en todos los pasajeros un movimiento de horror. No querían mi-

larla, pero no podían y volvían á mirarla, volviendo la cabeza con horror, después de cada mirada. Pero la resistencia fué breve. Se levantaron primero las dos señoras que estaban á su lado y salieron á la plataforma á quejarse de que la hubiesen dejado subir; luego salió una tercera y los demás se agruparon al otro lado del carruaje. Una sola quedó en el fondo, separada de la infeliz por un solo espacio de un puesto. Era una señora pequeñita, morena, con dos grandes ojos y el sombrero arrugado. Esta, después de un momento se levantó, pero no para huir: echó una mirada al sitio que había dejado, como si hubiese advertido que el banco no estaba limpio, dió un paso á la izquierda y se sentó al lado de la mujer. Me parece oír á mi amigo que la llamó «doña Quijotina» de la compasión, y creí que se hubiese sentado á su lado atraído por ella. Pero no; no se hubiese sentado al haber visto la dignidad, tranquilidad y sinceridad hermosa, inapreciable de aquel acto. Una vez sentada no dirigió mirada alguna á las señoras fugitivas, como una vanidosa hubiese hecho con aire de triunfo y de reconvención; no dirigió tampoco la palabra á la desdichada para no hacerla comprender la piedad que le inspiraba, sino que quedó allí inmóvil, sin hablar, únicamente para que la infeliz no quedara sola en aquel vacío sepulcral que se había hecho en torno suyo, como si se tratara de un cadáver ó de una cosa inmundada, de la que se escaparan miasmas pútridos, para que viese que no inspiraba horror, y que todavía no la rechaza todo el mundo. Y la desgraciada lo comprendió porque se volvió á mirarla, y no una sonrisa, no, porque no podía sonreír, pero

como un rayo pasó por sus ojos una expresión profundísima como diciendo:

—He comprendido y te doy las gracias.

¿Qué importa que en la humanidad haya tanto egoísmo y tanta tontería?

Uno solo de esos actos lavaba á mis ojos de mil manchas; una sola de esas almas ilumina y borra el odio de su corazón y me hace abrir los brazos á mis hermanos. ¡Oh, buena y valiente *Quijotina*! Y cuando más pensaba, más la admiraba, comprendiendo que había fingido encontrar sucio su sitio para no dar á su acto la apariencia de una compasión.

*
**

Varios trayectos entre árboles despojados de hojas, bajo un cielo gris cubierto por una niebla sutilísima, y un polvo, entre el cual penetran las hojas caídas. Ningún pasajero conocido, pero en cambio muchos desconocidos suben y suben á la *Carrozza di Tutti* que me parece como un palco escénico de la ambición, y como un escaparate de la vanidad. Hombres notables ó deseosos de notabilidad, muje-

res hermosas y *Apolos* que van al tranvía á ofrecerse durante horas y horas á la admiración de una media docena de conciudadanos, obligados á mirarlos mal de su grado y á llevarse en el cerebro la «negativa» de su imagen. Podrían escribirse algunos artículos acerca del arte de exhibirse en el tranvía. Hay quien para ponerse de relieve atraviesa el carruaje desde una á otra plataforma; quien haciéndole parar, le alcanza á paso lento para dar tiempo á los pasajeros de admirar sus gracias ó la majestad de su persona; quien en el acto de alzarse para tirar de la correa de la campanilla, busca «efectos» de ligereza ó de elegancia, como los actores y las actrices al levantarse de la poltrona para señalar la puerta de salida á un insolente. Hay algunos que van en el tranvía para demostrar su semejanza con hombres célebres. Había visto yo en una de las líneas un falso Víctor Manuel, un facsimile de Azeglio, una mala copia de Cialdini; pero no me hubiera pasado nunca por la mente que se pudiese ostentar con complacencia la semejanza con un bandolero. Ví este tipo una noche al entrar en un carruaje de la línea del Martinetto, en el cual estaba el cobrador Carlin. Una señora había salido fuera, y le miraba asustada desde la plataforma, otras tres que se quedaron dentro se habían agrupado en el ángulo opuesto y le observaban con desconfianza. Estaba envuelto en una gran capa española, bajo la cual parecía que escondiese un trabuco; llevaba un ancho sombrero calañés, derribado sobre una oreja y bajo sus alas revolviáanse dos ojos que querían ser espantosos y tenía una nariz criminosa y un bigote provocador. La sombra

que proyectaba sobre su rostro el sombrero y la luz que bajaba desde lo alto del coche, daban á sus facciones muy marcadas el aspecto de una figura satánica. Volvía la cabeza lentamente como un autómatas, y fijaba sus ojos, dilatándolos tan pronto en uno como en otro de los pasajeros, que no acertaban á explicarse quién pudiera ser aquel tipo original. No podía ser un pobre diablo, porque su traje era lujoso y limpio. Las suposiciones entre los pasajeros eran diversas. Quien pensaba que era un evadido de presidio; quien creía que era un ladrón de la Calabria, de paso por Turín; un joven expresó la duda de que pudiera ser Fock el destripador.

— Una cara como esta, — dijo un viejecito con toda seriedad, — debiera prohibirse subir al tranvía.

Todos esperaban que bajase para verle mejor. Quedó satisfecha la curiosidad en la plaza del Castillo. Se levantó. No era muy alto. La amplitud del busto nos había ilusionado. Cuando salió á la plataforma todos nos apartamos, y en aquel momento una sonrisa se deslizó por sus labios y reveló su secreto. Era sencillamente un pobre diablo que se servía de su cara para asustar á los pasajeros, armonizando con el rostro los vestidos y los andares, por el gusto estrambótico de causar terror en los tranvías nocturnos. Y aquel pequeño triunfo teatral de aquella noche era para él el alimento principal de *l'orgueil qui nous fait vivre*, como dice Zola, porque de todas las pasiones humanas, es el orgullo la que gusta de cosas más disparatadas, y la que pasa más pronto del heroísmo al delito. Apenas bajó, comenzaron los comentarios en voz alta:

— Debe ser un loco, — decía Carlin.

Una señora exclamó:

—Debe ser pariente del diablo.

Y otra graciosa y elegantemente vestida, algo asustada, me dijo sonriendo:

—Es un socialista á punto fijo.

*
* *

He aquí un asunto para un cuadro de Giacomo Grosso; al día siguiente le ví en la calle de la Academia Albertina. En un carruaje cerrado hay una señora espléndidamente vestida de gran gala entre un grupo de pobres gentes como una castellana que da audiencia á sus esclavos. La miraban todos atentamente en silencio, como hubiesen mirado una obra de arte en un escaparate. No parecía tener más de veinte años; era hermosa y blanquísima, uno de aquellos rostros de señora de Turín, que sin aspecto mal determinado entre franco é itálico, en el cual ningún rasgo tiene una belleza absoluta, pero en que todos juntos forman una gracia exquisita. Parecía recién casada; vestida de paño negro

recamado con un soberbio manto de nutria, con un sombrero adornado con plumas de avestruz y rosas encarnadas, y lucía en las orejas y en las muñecas verdaderas constelaciones de brillantes. Tenía tantas alhajas encima, que para algunos de los que la miraban aquello hubiese sido un capital, un verdadero sueño luminoso, convertido en realidad. Su rostro, de un contorno un poco infantil, tenía un aire de ingenuidad tan admirable y discreto, que daba á sus mejillas la sugestión y la complacencia de ser admirada de aquel modo por los vecinos, expresando una modestia y una sencillez de ánimo tan graciosa, en medio de aquella gente, sin ninguna sombra de vanidad, y pareciéndome que no advertía siquiera la cesta de aquella anciana, que sentada al lado suyo la incomodaba, todo ello, hacía que los pasajeros la mirasen con una expresión manifiesta de respeto y simpatía. Y esto me hizo pensar acerca de lo que se dice del lujo, que ofende é irrita al pobre. Creí entonces que se debe atribuir más al modo vanidoso con que se ostenta, que no al lujo mismo.

Pero la escena era atractiva por modo especial, por las reflexiones diversas que se leían bajo la simpatía y el respeto en los ojos de aquellos sus admiradores clarísimos, para mí, como si los viera escritos sobre su frente. La viejecita parecía hacer un estudio comparativo del precio del terciopelo y de la nutria con el contraste de la entrada y salida de su balance doméstico. La madre del niño, que parecía la mujer de un obrero, de aspecto fatigado,

la miraba al rostro con el aire de quien piensa en la buena vida que aquella señora llevará levantándose por la mañana, sin sombra alguna de preocupación. Iba también una muchacha del pueblo que fijaba sus ojos en las orejas de la señora, como fascinada y decían bien claro con su mirada que por llevar durante una hora aquellas dos estrellas, hubiera consentido alegremente en comer pan duro y fruta verde. Un joven obrero la miraba fijamente y en sus ojos se adivinaba la voluptuosidad sobrehumana que debía dar el amor de aquella mujer semi-diosa, tan blanca, tan fina, cubierta con ropa tan olorosa y magnífica. Y en un ángulo había un viejo que la observaba con expresión atónita, como si meditase en sí mismo sin comprenderlo, el gran misterio de las leyes sociales, que ponen tan enorme distancia entre una y otra criatura humana. Pero el que se la comía materialmente con los ojos más ávidamente que nunca, era el cobrador *Marqués*, de pie, al lado mío, en la plataforma. Se alisaba los bigotes rubios con los dedos agitados, y tomaba aire de señor, y se levantaba la gorra para pasarse la mano por la frente. Pero no consiguió llamar la atención de la hermosa, la cual miraba indistintamente á uno y otro lado, y á todos los pasajeros con la mayor tranquilidad. En el ángulo de la calle Mazzini hizo parar y bajó. Todos los de dentro, movidos de curiosidad, sacaron la cabeza por las ventanillas para verla andar y el desencanto fué tremendo... Era patizamba. Pues bien, casi en todos los rostros se notó una ligera sonrisa de satisfacción; hasta en la muchacha, que exclamó: ¡Vaya una graciosa! Bien sabe Dios que no era aquella una

malignidad: era una pequeña consolación de los condenados. Había sido dotada por la naturaleza con tantos dones y era tan afortunada, que al menos resultaba un consuelo, sin que en su felicidad hubiese una mancha. Esto no igualaba la partida ciertamente, pero al menos parecía menos enorme la desigualdad. Todos se sintieron de nuevo poseídos del mismo pensamiento, y el Marqués, alzando la nariz como un perro de caza, se consoló como pudo de su mala fortuna: aspirando el perfume que había dejado en su marquesado.

*
*
*

Efectos de un drama en el tranvía: fué uno de los últimos y más hermosos episodios de Noviembre. Durante la noche del domingo el tranvía del Martinetto se paró en la calle del Po frente al teatro Rossini, donde actuaba la compañía Piamontesa, á cuyas representaciones vespertinas acudía numeroso público.

Un caballero subió á la plataforma seguido de

un pequeño arrapiezo, y detrás de él su señora y dos señoritas. Como en el teatro se había representado aquella tarde un drama antiguo que hacía sollozar á Turín entero desde hacía quince días, pensé que aquel señor que llevaba al chiquillo en brazos, le había cogido casi en la escena por un capricho; pero no, era un rapáz auténtico cogido en la puerta del teatro en el acto de la conmoción, por una familia burguesa todavía lacrimosa, que lo llevaba por su cuenta y riesgo al barrio de San Donato, de donde había debido escaparse. Sentados todos, el padre se puso al muchacho sobre las rodillas con cierta ostentación provocativa de caridad cristiana y de ternura poética, y empezó á acariciarle paternalmente mirando á los otros personajes, mientras las señoras le miraban con los ojos humedecidos, haciéndole muchas preguntas.

El padre y la madre tenían el aspecto de dos tenderos adinerados, pero de extracción humilde, á los cuales, las hijas instruidas y despabiladas en el colegio, hubiesen tratado de dar una especie de educación literaria y sentimental. Estas, aun cuando un poco conmovidas, guardaban una compostura digna. Aquellos expresaban su aspecto de un modo un poco vulgar, pero sincero. ¡Extraño poder el del teatro! Los dos esposos veían verdaderamente en aquel muchacho, el protagonista del drama que corre por el palco escénico para ahorrar los pasos del amo bestial; el pobre montañés, que se ve vendido en el primer acto, martirizado en el segundo y restituido á la familia en el tercero, después de haber pasado por muerto y despertado las simpatías y la compasión afectuosa de todos los es-

pectadores. El chiquillo acogía todas aquellas caricias sin demostrar en su negra carita ningún asombro, acogíalas entre indiferente y triste, como si pensase que aquel viaje no era sino una fortuna de un momento y que toda aquella bondad no le libraría de levantarse por la mañana, antes de que apareciera el alba, para empezar á dar vueltas á la dura rueda de la vida. Dentro, algunos miraban la escena con simpatía; otros con una sonrisa un tanto burlona, porque aquella escena les parecía un poco teatral. Un caballero regordete que estaba á mi lado, tradujo en palabras aquellas sonrisas:

—Estos son perdidos que van á explotar el sentimiento del público á la salida de los teatros, para recoger el dinero.

Continuaban entre tanto las preguntas y las caricias al muchacho, y no cesaron sino en la plaza del Estatuto donde aquella familia quería bajar. El caballero lo besó, las señoras le acariciaron le barba sin temor de ensuciarse.

—Pobre chiquillo.

—Acuérdate donde vivimos.

—Mira que no te cojan estos cuartos.

El chiquillo se llevó la mano al pecho, sacó las monedas y las contó.

—¡Mire usted! ¡Mire usted!—dijo triunfante el señor gordo;—aprecia más el dinero que las caricias.

—Es verdad,—contesté.—¡Ah, maldito Shylock! ¡Vil adorador del oro!

Y lo curioso fué que tomó mis palabras en serio, me creyó sincero y sonrió con satisfacción. ¡Perre,

hijo de un perro! Es representante de una legión y me cree de su legión también.

Cuando bajó me dijo en tono fraternal:

—Buenas noches.

Pero á mis labios acudió el saludo pisano:

—*Tremoti á chi t'afetta il pane.*

*
* *

El tiempo entre tanto, aunque no hubiese nevado recrudecía, y los tranvías corrían entre los árboles, y á lo largo de los caminos blancos de escarcha, como entre una maravillosa vegetación de filigrana, y bajo los hilos del teléfono y de las luces voltaicas, parecidos á haces de cordones de lana. Empezaban los cocheros y los cobradores á dar con los pies en el suelo, y á echar humo por la boca.

Durante una de estas mañanas, sobrecogido por el viento frío en la calle Garibaldi, tuve que meterme dentro del carruaje, donde me senté delante de la estudiante y de su padre. Estaba ella sentada en la esquina cercana á la puerta, blanca como la fili-

grana de los árboles y el bigote paternal, y su hermoso rostro de ángel imperturbable, invulnerable á las pasiones humanas, surgía con la gracia de un lirio, entre los pliegues de la negra mantilla que rodeaba su cuello. Su padre estaba sentado con el busto alto y con el pecho sacado, como debía estar á caballo al frente de su regimiento. No se hablaban. Los ojos grandes y dulces de aquella niña, miraban aquí y allá como de costumbre, mirando á todos, como si no viesen á nadie, y yo, pude figurarme, mejor todavía que otras veces, su cuerpo vestido de blanco, coronado de rosas, tendido entre cuatro cirios y con las manos cruzadas sobre el pecho virginal que no conocía el amor.

Antes que se llegase á la mitad de la calle, el carruaje estaba lleno en su interior y rebosaban las plataformas. Muchos la miraban; pero como de costumbre, parecía que no lo advirtiera. De repente se animó, sacudió vivamente la cabeza sonriendo, como si saludase á alguien á través del cristal de la puerta; y vi una cosa extraña, impensada, increíble; una oleada de púrpura le cubrió el rostro hasta las sienes, y sus ojos centellearon una luz nueva, dulce, vivísima, que me hizo el efecto de un prodigio, como si en aquel momento se hubiese transformado de estatua de mármol en mujer de carne y sangre. Su padre había saludado también con una sonrisa y una mirada amistosas. Volvíme prontamente á la izquierda para ver á través de la ventanilla quien había operado aquel milagro; pero me encontré con un maldito vidrio colorado, con el anuncio de la *Quina Migone* que interceptaba la vista. Ví, sin embargo, por el aire, más allá de la

puerta, un sombrero de copa que saludaba. Aquel negro cilindro no podía pertenecer sino á un joven, aquel joven no podía ser sino un amante, aquel amante no podía ser sino un prometido. Los ojos de ella que quedaron fijos, parpadeantes sobre la persona invisible, el carmín que no desapareció por completo, y la boca entreabierta y parlante que denotaba el palpitar acelerado del corazón, acabaron con mis últimas dudas. ¡La virgen muerta enamorada! ¡La virgen muerta esposa! ¿Era posible?

Y sentí una curiosidad tan viva por conocer á *el* que poco faltó para que me levantara de pronto á mirar hacia fuera.

Pero no pude contenerme durante mucho tiempo; me alcé y toqué la campanilla antes de tiempo.

—Cualquiera que sea,—pensé,—le conoceré su secreto en los ojos.

El tranvía paró, abrí la portezuela... y me encontré ante el pintor, cuyo rostro ruborizado explicaba toda la historia.

Hizo un movimiento de sorpresa ruborizándose más y balbuceó con sonrisa forzada:

—He de darle una noticia.

—¡No es preciso!—le contesté bajando;—la noticia la conozco ya y me alegro; únicamente puede darme detalles.

Le dejé estupefacto. Era, pues, ella, la virgen misteriosa; ¡ella la virgen muerta! ¿Quién lo hubiera soñado? Sin embargo, debía haberlo sospechado desde el día en que me hizo él aquella calurosa defensa de las estudiantes de medicina.

¡Era ella! El coloso se había enamorado de su espíritu.

¿Y por qué no? Era un matrimonio de antitesis. Era de todos modos una hermosa pareja. ¡La virgen muerta!... ¿Qué digo la virgen muerta? La visión había cambiado. La veía aún vestida de blanco y tendida como una muerta: pero con las mejillas purpúreas y con los brazos abiertos... En fin, no podía esperar nada mejor para mi oficio de observador capitoso y volví á mi casa satisfecho.

* * *

No debía acabar tan bien el mes de Noviembre. Terminó con un triste encuentro. Ocurrió el último día, el día de la muerte de la condesa Lara. La atmósfera estaba cargada de humedad, los árboles del paseo San Mauricio blancos por la escarcha, y el sol brillaba en el cielo gris, como un ojo enorme de un moribundo. Subiendo al tranvía que iba hacia el paseo Margarita, ví en el interior, á través del cristal de la puerta, el rostro del señor Taddeo y le saludé. El me miró y no contestó á mi saludo. Al mirarle otra vez le ví tan demudado que atra-

vesó mi mente un pensamiento con la velocidad del rayo:

—¡La niña ha muerto!

Hacia la derecha ví también el rostro de la señora y el mismo siniestro pensamiento me asaltó de nuevo:

—¡La niña ha muerto!

Estaban pálidos, envejecidos, presos de una tristeza trágica, inmóviles, desesperados, con esa expresión de estupor infinito que algunas veces expresa el rostro de los cadáveres. Mi primer pensamiento fué casi de terror; una tentación de bajar de repente, para no verlos, para no saber. Pero me retuvo una esperanza; que alguna otra desgracia se hubiese abatido sobre ellos; la pérdida de su fortuna, la muerte del padre ó la madre, un espanto mortal por haber corrido algún peligro tremendo. Era posible que la niña estuviese en el carruaje, no entre los dos, como de costumbre, sino á la izquierda de la madre, en un sitio que desde el mío no podía ver.

Pero aunque no debiese dar sino un paso á la derecha para comprobarlo, no tuve el valor de hacerlo, como si hubiera temido ver al lado de ella, en vez de la muchacha, un pequeño ataúd. Sin embargo, ¿cómo era posible? Recordé la última vez que la había visto, poco tiempo antes, tan hermosa y alegre, admirada por todos, esplendente de salud y de regocijo, entre sus padres triunfantes. Aquel recuerdo dándome ánimo hizo que levantara la cabeza. ¡Ah! no ví el ataúd; pero es como si lo hubiese visto: sobre las rodillas de la señora había un gran ramo de flores y esas flores ¡eran siemprevi-

vas! Pensé, sin embargo, con viva ansiedad, que si no bajaban en la plaza del Benne, que era el camino del cementerio, quizá no hubiese ocurrido la desgracia que yo imaginaba. Pocos minutos duró mi espectación; pero me pareció muy larga. Tenía los ojos fijos en los suyos y me palpitaba el corazón. El tranvía desembocó en la plaza y dió la vuelta hacia el paseo Margarita.

—Vive,—pensé.

Pero en aquel mismo momento, el padre se levantó con un brazo en alto y oí el ruido de la campanilla que me llegó al corazón, como respondiendo á mi pensamiento. El tranvía paró: los dos desventurados pasaron por delante de mí. Miróme el padre y me reconoció. No me atreví á saludarlo. Me dió una mirada torva y me dijo con voz áspera:

—¡Se ha muerto!

La madre pasó sin mirarme.

